

Relato sobre el sistema de correos en Buenos Aires a principios del siglo XIX

1828

John A. B. Beaumont

Fuente: John A. B. Beaumont, Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental. En Andrés Carretero, Vida cotidiana en Buenos Aires, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

El correo se encuentra bajo la superintendencia de un Director, y si bien es susceptible de grandes mejoras, realiza con bastante regularidad la distribución de la correspondencia.

Toda la expedición al interior se hace a caballo, y aunque el recorrido es de muchas leguas, por regiones casi desiertas, los correos son generalmente puntuales con su llegada.

El correo de postas recibe las cartas en una maleta que se ata a la grupa del recado del guía, y se cambia en cada posta, porque en cada relevo de caballo se cambia también de guía o postillón.

Los correos tienen el privilegio de poder exigir caballos a cualquier hora de la noche mediante lo cual pueden ganar el tiempo perdido durante el día; tienen también libertad para galopar en las calles de las ciudades, privilegio este último que no está concedido a cualquiera.

Usan los correos una chaqueta corta, generalmente roja, y su llegada a Buenos Aires, así como su partida, se anuncia por un postillón haciendo sonar una corneta de cuerno.

A la llegada de los distintos correos, se exhibe en la oficina una lista de las cartas recibidas, que se fija en el patio, y a cada una se le agrega un número.

Esas cartas recibidas son entregadas sin averiguar la identidad y previo pago del franqueo necesario. Cuando llega el paquete (el buque de ultramar), como las cartas son muchas y no permiten confeccionar con ellas una lista, son entregadas a las personas que responden al nombre del destinatario, previo pago de dos reales por cada carta.

Con este procedimiento, ocurre a menudo que una persona, después de haberse dado de codazos durante dos horas, con la gente apiñada en la ventana de la oficina, se informa de que no le ha llegado ninguna carta, y hay quien se retira después que, por inadvertencia, o a sabiendas, le han cobrado los dos reales por la entrega de la correspondencia.

El Director actual, a quien tuve el gusto de conocer, me dijo que había tratado de evitar este serio inconveniente enviando las cartas a domicilio, como se hace en Inglaterra, pero el descuido demostrado por los carteros ocasionó un daño mayor que la pérdida casual de alguna carta en el propio edificio del correo.

Es de esperar, sin embargo, que el arreglo de los asuntos interiores pueda contribuir al progreso de la institución. Un suplemento de medio real o de un real, para el cartero compensaría con creces las horas perdidas y las

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

luchas que uno se ve obligado a sostener generalmente en la ventana de la oficina. En 1858 se colocaron los primeros seis buzones de madera. En 1868 se pusieron 22 más, metálicos.